

La mujercita tardó un poco en contestar.

—Me compuse... Con el aire, como estuve un rato afuera, me había despeinado...

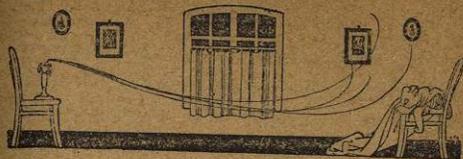
Se sentaron á la mesa: de un lado, Mamá Dolores; Marco Fortis á su derecha: del otro lado, Mosén Pedro y á su derecha, Agueda Pía...

Quisieron entrar los perros, y la mujercita, con mal humor, les despidió...

Marco Fortis seguía pensativo.

Un poco lánguida, aquella comida de la Casa Blanca, á pesar de los sabios y gentiles esfuerzos de Mamá Dolores, que tenía el hábito y el don de la sociabilidad.

Recordando que Marco Fortis era italiano, Mosén Pedro, que era aficionado á la lectura de extraordinarios novelones, con un tacto conmovedor, habló de *Fra-Diávolo*.



CAPÍTULO OCTAVO

I

PUES yo he de hablar á la señora.

—¡Pues tu no hablarás!

—No es ningún mal; pero como ella creerá eternamente que nita Agueda Pía es una niña...

—¡Y lo es!

—¡Bueno! lo dices por contradecirme. No me importa. *Yo he visto*: yo no me equivoco: yo hablaré.

—¡Ah, tu hablarás! ¿Te digo que vas á darle un disgusto á la señora, y hablarás...? ¿Este es el cariño y la ley que tienes á los que te dan el pan...? ¿Y he podido vivir cuarenta años con este monstruo...?

—¡Come, mujer, come! musita el viejo

Chopo socarronamente: que, hasta de comer te olvidas, cuando hablas.

Nuestros lectores ya habrán reconocido, por estas palabras, en su interlocutora, á la enjuta Mari-Pepa.

—¡No me da la gana de comer!—¡No es que me olvide!

El viejo Chopo, mascando, con gula:

—¡Ya!

—¡Parece mentira que estas cosas te dejen insensible!

—¿No decías que eran figuraciones mías?

—¡Yo me entiendo...! Te dije que eran figuraciones, al tanto de que no debías hablar de ello á la señora. Pero, puestos á que se quede entre nosotros, que el señorón, ese forastero, viejo y medio loco, mira á ñita Agueda, de otro modo que como entre amigos manda Dios, salta á la vista.

—¿Ves, mujer?

—¡No! ¡no veo!

—Pues el diablo que te entienda.

—¡Mejor que tú me entendería!

—Tal vez sí: de su piel eres...

—Oye, bestia: la cosa está bien clara. ¿Quieres decirme qué sospechas de ñita Agueda y el forastero? ¿Que se quieren? Sí. ¿Quieres decirme que debemos avisarlo á la señora? No. ¿Lo buscas más claro?

—Mujer, no apartes los platos: come, estamos comiendo.

—¡Estamos comiendo...! ¡Me matas con esa sangre fría...!

—¿Qué más quieres? ¿No me dices que no hable? Me callo...

—Conmigo no.

—Pues contigo también, ¡ea! punto en boca. Y ahora, haz lo que quieras.

Entra, bravamente, en su plato de anchoas y tomates y no responde palabra á la inagotable charla de su mujer, que no para un minuto, como una devanadera.

Silenciosamente, el viejo Chopo acaba de comer, carga su pipa, y sale á los peldaños.

Mari-Pepa añade todavía.

—Y si dices algo de esto á la señora, Chopo, no vuelvas á mirarme á la cara en todos los días de tu vida... ¿entiendes?

El viejo, resignado, acaba:

—Callaré, callaré; puesto que dices que es mejor, te lo prometo.

En estas horas de la digestión, no suele negar nada el viejo Chopo.

II

Y efectivamente, le habrían matado antes que él dijera una palabra de sus dudas á Mamá Dolores. Porque, en honor de la verdad, hay que decirlo: él es, y ha sido siempre, un hombre así:

cosa que promete, cosa que cumple: su conciencia, dentro de su corteza un poco sibarita, es recta y fiera como una espada.

La que *pe á pa* se lo ha contado todo á la Señora—y no creáis que por malicia—sino impensadamente, media hora después de tener con su marido la conversación que hemos oído, es Mari-Pepa.

Todas las razones, más ó menos capciosas, más ó menos ingenuas que le ha dado al Chopo para exigirle una promesa de silencio, se han borrado como por ensalmo de su alma, al hallarse á solas esta tarde con la señora, delante de su irresistible comecón de hablar.

Viendo el efecto que en Mamá Dolores producían sus palabras, ha recordado confusamente que acaso habría sido más acertado no hablarle de estas cosas. Entonces ha querido enmendarse; echarse atrás; ganar terreno, pero era ya tarde.

Consignemos que Mari-Pepa ha tenido un serio disgusto; que se ha encerrado en su cuarto, que ha llenado de injurias al inocente Chopo, cuando solícito ha acudido á preguntarle la causa de aquellos extremos y que ha hablado fieramente de cortarse la lengua.

Mucio Scévola ancestral, ha pasado un instante por el alma de la honrada cocinera.

III

Cuanto á Mamá Dolores...

Es noche; cerca de las once... Toda la gente se ha recogido en la Casa Blanca y hay sólo una raya de luz muy suave y fina, por debajo de una puerta, allá al fin de un largo corredor.

Es el cuarto de Agueda Pía.

Se oyen unos pasos furtivos, en el silencio, por el corredor. Hay una sombra negra que dá monótonos paseos, desde un extremo al otro de él. Suele detenerse á la puerta del cuarto de Agueda Pía: escucha unos instantes y vuelve á los paseos. Una vez ha llevado la mano al pomo de la cerradura, probando discretamente á darle vuelta. La puerta no cede. Agueda Pía debe estar cerrada por dentro.

Nuevos paseos de la sombra.

A lo lejos, el reloj del pueblo dá unas horas... Media noche...

Y hay siempre la misma luz, la misma raya fina de resplandor rojizo por debajo de la puertecita cerrada.

La sombra se decide...

Llega al cuarto: da con los nudillos en la puerta; dice, á la vez imperativa y dulce:

—¡Nena! Abre. ¿Qué te pasa?

Es la voz de Mamá Dolores.

Rechina en la oscuridad una cerra

dura: el cuarto se abre... Adentro una lámpara encendida, la cama hecha, Agueda Pía vestida, llorosa, un poco despeinada; pálida.

—¿Qué tienes, Nena? ¿por qué no te acuestas? ¿por qué lloras?

—Nada, ¿y tú, Mamá? ¿qué quieres? ¿cómo no duermes á estas horas...?

—¡Nena, Nena, Nena mía! ven, responde, ¿qué te han hecho? ¿por qué engañas á tu madre?

Se abrazan: ya no es Agueda sola la que llora; Mamá Dolores la acompaña.

IV

Hay, en el cuartito de Agueda Pía, un sillón de junco con almohadones blancos, que nuestros lectores ya conocen. Mamá Dolores se ha sentado allí y, á sus pies, en un escabel chico de rejilla, Agueda Pía...

—Nena—y abrazándole la cabeza y besándola en la frente un poco ardo-rosa:—¡Nena mía! Cuenta; dí, ¿es verdad...? Ya sabes lo que quiero preguntarte: no me engañes... ¿es verdad?

—No lo sé: no sé nada, Mamá mía: sufro mucho...

—Vamos, vamos, calma, Nena; escucha bien, ¿crees un poco, un poco todavía en el cariño de tu madre...?

—¡Mamá...! ¡Mamá...!

Le coge las dos manos, se las lleva á los labios, después á los ojos llenándolas de lágrimas: llorando allí, con toda libertad, en un abandono completo de su alma, sintiéndose querida, comprendida, consolada.

Mamá Dolores debe recoger las últimas energías de su alma; debe sacar fuerzas inauditas de su heroísmo maternal, porque, á pesar de su dolor, está serena y sus ojos se han secado.

—Vamos á ver, cuéntame... ¿Y tu madre te dejaba sola en este paso...? ¡Pobre vida...! ¿Sabes por qué...? ¡Tu madre te creía tan niña todavía...! Mamá Dolores encantada con las gracias de su hijita no ve pasar el tiempo... ¿cuántos años tienes? Ni lo recuerdo, amor mío... ¡Pobre amor...! ¿ya no te basta con tu madre?

—Sí; mamá, sí; pero...

—Yo te ayudaré, nenina. Vamos, vamos á ver... ¿cuántos días hace que no has visto á Marco?

—Tres... ¡ya no me quiere...!

Y abundante, infantilmente, Agueda Pía llora entonces en anchos sollozos que levantan su pecho como si fuera á estallar; que mandan por todo su cuerpo crispaduras dolorosas, que parece que en ellos se les deshaga el alma, que la combaten y la rinden; pero que la consuelan también y la calman, dando,

por fin, salida franca á la emoción, durante tanto tiempo á duras penas contenida.

Mamá Dolores, sabía en estas crisis dolorosas, levantando los ojos al cielo, suplicantes, como si tratara de aplacar á un Dios vengador, cuyo látigo le fuera conocido, va diciendo:

—Llora, llora, amor; esto consuela.

Y los sollozos de la criatura, como las olas de una tempestad, se amansan en el óleo de la piedad materna; se hacen menos profundos, menos frecuentes, menos dolorosos; quedan reducidos, finalmente, á unos estremecimientos momentáneos, que hacen saltar, muy de tarde en tarde, sobre las rodillas de Mamá Dolores, el medio busto blando, miedosamente acurrucado allí, de Agueda Pía.

Entonces, con mucha dulzura, la madre dice así:

—¿Que Marco no te quiere...? ¿á qué vienen esas palabras, hija mía?

—Es verdad, Mamá; no te he dicho nunca nada; temía darte pena. ¿sabes?
—Pero hoy, ya no podía más.—Desde hace tres meses: desde la primera tarde que le ví—tu dormías—en «Las Termas,»—le quiero con toda mi alma: no pienso más que en él.

Cayeron, sobre los ojos doloridos, los párpados de Mamá Dolores.

—¡Pobre niña...!

—¡Sí, pobre, Mamá! porque Marco no sabe nada, no quiere saber nada, no sabrá nunca nada de este cariño mío tan inútil...

—No te calles; sigue... Desahógate...

Conocía Mamá Dolores el alma de su hija: sabía que, si las circunstancias habían hecho inevitable aquella explicación, tal vez nunca más Agueda Pía volvería á ofrecerle coyuntura de reanudarla.

Era una urna dispuesta y embalsamada para el dolor, el corazón de su Nenina.

Si sus alegrías la hacían expansiva, pertenecían á todos, en cambio sus penas la tornaban reconcentrada y eran de ella sola. Ni las suyas únicamente. Todas las penas, todos los dolores que la cercaban se recogían y se empapaban en su corazón, esponja de lágrimas y sangre.

Hay almas de estas propiciatorias, que pasan por el mundo calladamente, benéficamente, redentoras y víctimas, recogiendo los dolores de los torturados, las angustias de los impacientes, los pecados de los perversos, las desolaciones de los ambiciosos, los latigazos de los déspotas, los errores de los engañados, para encerrarlos en su corazón; puñales cuyas puntas, metidas en aque-

lla blandura macerada, ya no serán nocivas al mundo, ni á sus dueños.

Hay almas como había sido la de Mamá Dolores, como era, por fatalidad de herencia, la de Agueda Pía, que tienen la voluptuosidad del sacrificio; estirpe anónima, ignorada y dulcísima, que como los primogénitos del pueblo de Israel, en las noches de la persecución, por único distintivo, tienen á su puerta la cruz de sangre que han trazado manos viles y que las destina al sacrificio.

¿Quién sabe...? Acaso ellas, en la inescrutable voluntad divina, perpetúan el misterio y la virtud consoladora de la redención.

Pobres almas anónimas, acaso en su dolor está la garantía de siglos enteros de felicidad para los hombres; como en aquellas siete almas inocentes, hermanas de ellas, que Dios buscó sin encontrarlas, habría estado la salud y la salvación de la Sodoma bíblica.

V

—No sabrá nada, Mamá Dolores, Mamá mía, no sabrá nunca nada, Marco, de mi cariño inútil... ¿Por qué ha venido aquí...? ¡Yo, era feliz, á tu lado, yo era feliz contigo, nada más que contigo, Mamá mía...! Al principio, más él

que yo misma, parecía desear lo que nació tan pronto... Dejé de ir á «Las Termas» por no verle... Me buscó por todos los senderos y caminos... Era inútil... Mi corazón se acostumbraba á él; se llenaba de él: aprendía sus gestos, sus palabras, sus dolores... ¡Oh, si no hubiera podido consolarle, no le habría amado...! Pero, ¡sufre tanto! Yo habría renunciado á mi felicidad; pero no podía, no sabía, no me atrevía á privarle á él de unas pocas palabras de consuelo... Era necesario que nos viéramos siempre, mamá: cuando me dijo que quería continuar «Las Termas,» tuve la alegría única que me ha dado este paso... ¡iba á pasarse los días á mi lado...! Tu le conocerías; tu le agradecerías aquella buena obra, tu cerrarías los ojos á todo, maravillada, encantada de verle continuar, acabar la obra piadosa, último sueño, último deseo, última voluntad del pobre tío Jorge...! Y así pasó. Marco fué nuestro... ¿Recuerdas el primer día, hace ya un mes, que almorzó Marco en nuestra casa...? Desde entonces sufro... No me querrá nunca... Le canso... ¡El viene de tan lejos! ¡Entran tantas cosas en su vida...! ¡Yo qué sé, pobre de mí...! Le quiero, le adoro, moriría por él... ¡pero esto es tan poco! Hace lo posible porque mi corazón se calle... Se esfuerza en detener el suyo...

Parece que me tenga miedo... Cuando un día hemos estado á punto de hablar y confesarnos, cuando nos ha pasado tan cerca la felicidad que yo me duermo satisfecha, tiemblo al despertar... Pasa lo que ahora... ¡Dos, tres, cuatro días deja de venir...! Sale del pueblo... Temo siempre que no volverá... Y cuando vuelve, le encuentro cambiado, esquivo, huraño: se me ensangrientan otra vez las manos para buscar los caminos de su corazón... ¡Es horrible, mamá mía, es horrible...! Yo no sé qué nos separa; pero no podremos ser felices nunca.

VI

Había callado la dolorosa mujercita. Conoció Mamá Dolores que no hablaría más.

La estrechó en sus brazos.

—¿Vés cómo no había razón para este llanto, Nena?

—¿Crees, mamá...?

Era peligroso despertar, en aquella alma vivamente impresionable, demasiadas esperanzas. Mamá Dolores lo sabía y anduvo parca y juiciosa en los consuelos. Como un médico, no como una madre.

—Creo... creo... Hasta ahora nada veo, que pueda hacerte pensar mal, en lo

que has dicho... ¿Que Marco huye de tí? Señal que le impresionas... No se huye de lo indiferente.

—Es verdad...

Un ligerísimo brillo de esperanza en las pupilas tempestuosas de la mujercita: un arco iris en las lágrimas.

Se había levantado...

—¿Sabes lo que se me había ocurrido alguna vez, mamá, para darles una explicación á estas extrañas incongruencias de Marco?

—¿Qué?

—Que quiere á otra mujer...

Se estremeció Mamá Dolores. Lo mismo había pensado ella. Esta coincidencia de intuiciones confirmó bruscamente sus sospechas. Sin embargo, aunque tíbiamente, negó.

—No seas bobica... ¿se pasaría meses apartado de ella por el gusto de habitar en un pueblucho, si quisiera á otra mujer?...

—¡Quién sabe!—murmuró Agueda Pía pensativa y al mismo tiempo suplicante, acercándose á su madre y mirándola con ojos zalameros, como si mendigara, de limosna, una negativa más enérgica, una refutación más decidida y cabal de sus sospechas.

Leyó la buena Mamá Dolores aquel deseo en los ojos de su hija; pero no se atrevió á satisfacerlo. Sabía que mante-

nerla en sus sospechas era prolongarle el dolor; pero temía que darle la seguridad de una esperanza era entregarla inerme y fatalmente á la voracidad de un desengaño.

Así pues, como quien unge el cuerpo de un moribundo con fe, por si la vida quiere recogerlo todavía, pero con santa devoción, por si la muerte va á venir sobre él, Mamá Dolores ungió el alma de su hija, dejándola hundida á medias en el dolor y á medias en la esperanza, con estas palabras dolorosamente dulces:

—¡Quién sabe...! Pero sería una espantosa crueldad, y Marco no es cruel...

VII

Mamá Dolores pensaba todo lo contrario.

A pesar de lo agradecida que le estaba por la continuación de «Las Termas,» no le tenía á Marco ninguna simpatía.

Instintivamente hasta hoy, y desde hoy conscientemente, veía en él al enemigo de su hija.

Pero Mamá Dolores se guardaba estos dolores suyos por no aumentar los de su Nena. Tácitamente se hizo á sí misma la promesa de salvarla, si todavía había salvación, y mientras determinaba para

lo sucesivo un plan de conducta rígido y bravío, trataba de ganarse la difícil confianza de su hija, sin animarla demasiado porque sería acarrearle más dolor, pero sin alarmarla con exceso porque sería privarla de consuelo.

Una cosa, por encima de todas, había de darle á Agueda Pía: la libertad de expansionarse: no ver sufrir á su madre con el relato de sus sufrimientos.

Mamá Dolores, afectó desde el principio una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Y cuando le pareció que Agueda Pía, rendida, necesitaba descanso, y consolada ó dolorida aún, ponía término á sus confesiones,

—No—le dijo—no quiero abandonarte así... Volverías á preocuparte... ¡eres tan boba...! Anda, Nena, acércate; ven que te ayude á recogerte: ¿Y esto es una mujer...? ¡Ah! ¿no te haces de rogar...? ¡Nena, mi Nena...! ¡Niña, siempre niña! ¡Su madre la desnuda!

VIII

Fué una cosa muy dulce; fué una cosa muy triste para Mamá Dolores. La sentó en sus rodillas: como cuando niña, le soltó las ropas, le quitó las medias, le besó los hombros...

Fué una cosa muy dulce...

Volvió á tomar posesión de aquella carne suave, blanca, florida, que había sido sangre suya; que nació de su amor, que habían animado sus besos.

Fué una cosa muy triste.

Aquello tan suyo, tan íntimamente suyo, aquel tesoro, aquella *otra ella*, infinitamente más dulce, infinitamente más tierna, infinitamente más débil y sensible que ella misma, iba á torcerse, como un lirio en la tempestad, bajo los huracanes del dolor...

Ahora los dos brazos de su Nena—desnudos, graciosos, finos, tan débiles, tan quebradizos en el desamparo humilde de sus gestos intensamente femeninos—como cuando niña, después de la oración, le rodearon el cuello dulcemente.

Y, como cuando niña también, los labios de su Nena le besaron en los dos mejillas.

Solía todas las noches, cuando niña, recogida toda entera en las rodillas de su madre, preguntarle, teniéndola abrazada así:

—¿Me quieres, mamá?

Hoy ha preguntado tímidamente, en voz muy baja:

—¿Me querrá, mamá?

No hay palabras con que pueda expresarse, sin profanarla, toda la amargura de la madre, esta primera vez que su hija, inocentemente cruel, pone su

felicidad más allá de los dominios del corazón materno.

No os dejéis engañar por esta sonrisa de Mamá Dolores; por esta bondad, por esta ternura, al parecer dichosa, con que, tendida su Agueda Pía en su camita blanca, la ayuda á recogerse y arroparse.

Su corazón ha visto bien claro que no había remedio.

Una pobre alma de mujer acababa de nacer para la felicidad ó para el dolor: Mamá Dolores no podía asegurarlo.

Peró estaba segura, terriblemente segura, de que una hija—¡una hija!—acababa de morir para su madre.

Y mientras, sobre la camita blanca, con mimo, con dulzura, casi con respeto, sus manos arropan á la mujer recién nacida, siente cómo, dentro de su corazón, las manos espirituales de la maternidad amortajan á su Nena, recién muerta para siempre.